

Informe Mensual de Seguridad Internacional – Noviembre 2007

DEL “IMPERIO DEL MAL” AL “EJE DEL MAL”

Paul Rogers

Orígenes de la Guerra Fría

Oxford Research Group (ORG) fue creado hace veinticinco años en uno de los momentos más peligrosos de la Guerra Fría. Ronald Reagan había sido elegido dos años antes y había calificado al Pacto de Varsovia como “imperio del mal”, a pesar de que la Unión Soviética atravesaba una prolongada crisis de liderazgo. Un Leonidas Brezhnev enfermo moría en noviembre de 1982; fue sucedido por Yuri Andropov, quien sobrevivió al frente de la URSS sólo quince meses para ser reemplazado por Konstantin Chernenko, quien a su vez se mantuvo en el poder apenas un año. Tan sólo en marzo de 1985, con la llegada al poder de Mijail Gorbachov, hubo cierta apariencia de restablecimiento del orden.

Entre tanto, la OTAN y el Pacto de Varsovia se enzarzaron en una implacable carrera armamentística, con la dimensión nuclear como foco de atención. La URSS desplegó el nuevo misil balístico de alcance medio SS-20 en Europa del Este, y Estados Unidos emplazó los misiles de crucero terrestres y los misiles balísticos de alta precisión Pershing 2 en Europa Occidental. En el Reino Unido, el gobierno Thatcher acordó construir una nueva generación de misiles submarinos Trident, mientras el movimiento antinuclear ganaba fuerza por la decisión de Estados Unidos de desplegar los misiles de crucero Greenham Common y Molesworth.

Oxford Research Group se creó originalmente para investigar el proceso de decisión en asuntos nucleares y para permitir al ciudadano común familiarizarse con aquellos que tomaban las decisiones. Oxford Research Group también detectó la necesidad, desde el inicio, de facilitar el diálogo entre grupos con enfoques radicalmente distintos de las relaciones internacionales. A mediados de los años 80, ORG dedicó su actividad a desarrollar los conocimientos y los contactos necesarios, y amplió su trabajo para abordar temas más allá de la proliferación nuclear, ya que la Guerra Fría empezaba a decaer.

Una visión común en los años 80 era que la Guerra Fría podía desencadenar una confrontación peligrosa, pero que las armas nucleares eran tan destructivas que su posesión por parte de ambos bloques aseguraba la estabilidad. No es un argumento que fuera bien acogido en aquellas partes del planeta en las que se desarrollaban guerras delegadas entre el Este y el Oeste. En Corea, Vietnam, Afganistán, el Cuerno de África, América Central y muchos otros lugares, aquellas guerras costaron al menos diez millones de vidas y decenas de millones de heridos, dejando atrás, en muchas ocasiones, sociedades destrozadas.

Incluso en las propias las alianzas de la OTAN y el Pacto de Varsovia, el volumen de recursos dedicados a los aspectos militares era excepcional. En 1985, los dos bloques habían desplegado más de 62.000 armas nucleares, y casi el 85% del gasto militar mundial total se dirigía a esta confrontación. A lo largo del periodo de la Guerra Fría hubo numerosos accidentes nucleares, algunos relacionados con fugas radiactivas y otros con el extravío de armas nucleares que nunca fueron recuperadas.

Muchos detalles de la mayoría de las crisis se mantienen ocultos, con la notable excepción del caso de Cuba en 1962; ahora se sabe, sin embargo, que en el otoño de 1983 la OTAN y el Pacto de Varsovia estuvieron a punto de enfrentarse en una guerra nuclear. En aquel momento, coincidiendo con el momento en que se desplegaban los misiles Pershing 2, un interceptor de misiles soviético derribó un avión 747 de las líneas aéreas coreanas sobre la isla de Sakhalin al este de Siberia, después de que traspasara el espacio aéreo soviético, matando a todos los pasajeros y tripulación, lo que condujo a una crisis en las relaciones Este-Oeste. Poco después, la OTAN comenzó las pruebas de sus unidades de misiles móviles en Alemania Occidental, los ejercicios *Able Archer*, unas pruebas que la inteligencia

soviética interpretó como los preparativos para un ataque sorpresa. Las fuerzas soviéticas entraron en alerta inmediata y sólo se evitó una escalada cuando los mandos de la OTAN se dieron cuenta de lo que ocurría y redujeron los ejercicios.

Able Archer y otros incidentes hicieron patente la necesidad del diálogo y grupos como Pugwash y ORG trabajaron enérgicamente para mantener canales abiertos. Para 1987 había comenzado un deshielo Este-Oeste que condujo al innovador Tratado de Fuerzas Nucleares Intermedias, que a su vez llevó a la retirada de los misiles de crucero Pershing 2 y SS-20. A finales de la década, la Guerra Fría se había suavizado y existía una combinación de procesos multilaterales y unilaterales en marcha que redujeron sustancialmente las fuerzas nucleares, e incluso produjo un modesto dividendo de paz.

Algunos sostienen que la carrera armamentista nuclear fue un mal necesario y que Occidente “ganó” la Guerra Fría. Otros ven en Gorbachov el individuo clave que reconoció la necesidad de escapar de una “carrera hacia la muerte”, pese a lo mucho que pueda ser denostado actualmente. Lo que resulta claro, sin embargo, es que el mero énfasis en la confrontación Este-Oeste tuvo un legado peligroso; también eclipsó otras dos cuestiones que actualmente parece que dominarán la agenda de seguridad en los próximos años.

Legado armamentista

Mientras que las armas nucleares se redujeron de forma sustancial hasta mediados de la década de los 90 y se alcanzó un acuerdo en torno a la Convención de Armas Químicas, el impulso de la carrera armamentista en la Guerra Fría produjo varios resultados. Uno de ellos fue el mayor uso de las municiones de impacto de área –armas tales como las bombas de racimo, lanzacohetes múltiples y explosivos de combustible/aire– que se diseñaron específicamente para causar destrucción en el área más amplia posible. Aunque estas armas han sido desplazadas por el desarrollo paralelo de armas guiadas de precisión (“la guerra contra los bienes, no contra las personas”), su impacto en Irak y Afganistán ha sido elevado y actualmente proliferan en todas las fuerzas armadas del mundo.

El segundo legado de la Guerra Fría fue que con la reducción de los presupuestos de defensa, las mayores compañías de armamento se mostraron incluso más activas en su búsqueda de posibles ventas a países fuera del antiguo eje Este-Oeste. Oriente Medio, en particular, estuvo en el foco de la venta de armas durante la década de los 90, una tendencia que ha continuado hasta el presente.

En cuanto a las armas nucleares, después de una pausa aparente, hemos entrado en una era de renovada proliferación. En el periodo de 1985-1995 parecían existir signos positivos en este ámbito. Argentina y Brasil pusieron fin a la competencia de sus programas nucleares y tres países –Kazajistán, Ucrania y Bielorrusia–devolvieron sus arsenales nucleares a Rusia cuando se desintegró el pacto de Varsovia. Sudáfrica llegó a desmantelar su pequeño arsenal nuclear y en muchos lugares del mundo se crearon zonas desnuclearizadas.

A partir de 1995 este progreso se ha invertido y existe un riesgo real de que la séptima década de la era nuclear marque una nueva fase de proliferación. India es ya un estado consagrado poseedor del arma nuclear, como lo es Pakistán. Corea del Norte ha adquirido un pequeño arsenal nuclear e Irán parece que muestra ambiciones nucleares. Si Irán efectivamente se une a Israel en la lista de países con armas nucleares en Oriente Medio, entonces otros países en la región, incluyendo Egipto y Turquía, podrían revisar sus actuales políticas no nucleares. El cambio de dinámica está provocando un impacto sustancial en el pensamiento estratégico occidental. La administración Bush podría adoptar una línea dura, especialmente hacia países como Irán, pero otros analistas empiezan a barajar la necesidad de un mundo desnuclearizado, un cambio notable de actitud que les acerca a los enfoque de los activistas anti-nucleares.

Tercer Mundo

La mayor parte del foco de atención en el ámbito de seguridad a principios de los años 80 cuando se fundó Oxford Research Group era el enfrentamiento Este/Oeste; esto supuso que se dejaron a un lado dos asuntos globales mucho mayores. Uno era la brecha riqueza-pobreza, en la que se habían conseguido progresos limitados a lo largo de los años 60 y 70, pese a los encomiables esfuerzos de organizaciones como la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD). Recién creada ORG, se celebró la sexta sesión de UNCTAD en Belgrado en junio de 1983, cuyo éxito en el objetivo de implantar un sistema comercial internacional justo fue tan limitado como el de anteriores sesiones.

También se apartó el tema de los límites medioambientales globales. Después de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano de Estocolmo en mayo de 1972 surgió la esperanza de que el riesgo de los "límites del crecimiento" global incentivaría acciones hacia una gestión medioambiental efectiva, y la crisis del petróleo de mediados de los años 70 parecía sugerir que los asuntos relacionados con los recursos energéticos implicaba una serie de problemas que llegarían a ser desesperadamente urgentes. En su lugar, estos temas se relegaron al patio trasero mientras que la economía de libre mercado se situaba en primer plano, y hubo un periodo de quince años en la sombra antes de que los temas de desarrollo y medioambiente emergieran de nuevo como parte de las críticas a la globalización a finales de los años 90. Esto se debió en parte al fracaso evidente del libre mercado globalizado para ofrecer justicia socioeconómica. Ello, en combinación con el reconocimiento de que el cambio climático podría desembocar en resultados desastrosos en todo el planeta, hizo evidente la necesidad de implantar un enfoque integrado de seguridad sostenible.

Eje del Mal

Los atentados del 11-S arrinconaron estas preocupaciones cuando Estados Unidos y sus aliados se embarcaron en una guerra contra el terror de alcance global no sólo contra Al Qaeda, sino contra un "eje del mal" formado por estados canalla, que reemplazó al "imperio del mal" de la era de la Guerra Fría. Seis años después y tras derrocar a los regímenes de Afganistán e Irak, las consecuencias de las políticas de la coalición incluyen la muerte de más de 100.000 civiles, la detención sin juicio de decenas de miles de personas, la tortura y la "rendición" de prisioneros.

Se esperaba confiadamente que la guerra contra el terror del presidente Bush dispersara y mermara a Al Qaeda y promoviera un Afganistán estable y pro-occidental con una influencia mucho mayor de Estados Unidos en Asia Central. También se esperaba crear un Irak pro-occidental con una presencia militar y política estadounidense a largo plazo que aportara mayor seguridad a los intereses occidentales en la región del Golfo Pérsico, rica en petróleo, y un Irán cuya influencia y capacidades resultarían enormemente limitadas.

Por el contrario, la inseguridad reina en Afganistán y buena parte del oeste de Pakistán, Irak está empantanado en la violencia, Al Qaeda sigue activa y con capacidad de ataque y ha surgido el riesgo de una guerra con Irán, dada la sorprendente reciente retórica del gobierno Bush. Con todas estas consecuencias, se empieza a detectar el deseo de examinar otros paradigmas de seguridad, aun cuando existen pocos signos de que esto afecte a la administración Bush.

Seguridad Sostenible

Actualmente empieza a dibujarse el primer esbozo de este enfoque.* Desde el inicio, reconoce que uno de los asuntos más importantes en las próximas décadas será el impacto del cambio climático, que no

* Ver, por ejemplo, Chris Abbott, Paul Rogers y John Sloboda, *Beyond Terror: The Truth About the Real Threats to Our World*(Random House, 2007).

sólo se está produciendo más deprisa de lo que se preveía sino que además ya es evidente que tendrá un fuerte impacto en las regiones tropicales y subtropicales del mundo, donde vive la mayor parte de la humanidad, que depende de los alimentos que se producen localmente. A medida que estas regiones se hacen más áridas y las cosechas se reducen, las consecuencias en términos de tensiones sociales y migraciones masivas surgidas de la desesperación pueden ser terribles.

Sin embargo, el cambio climático es sólo una parte del problema, ya que otro motor de la inseguridad es la creciente brecha entre ricos y pobres a medida que la riqueza se concentra más y más en manos de una quinta parte de la población mundial. Dadas las grandes y loables mejoras en educación de las décadas recientes, es mucho más probable que las personas en los márgenes del sistema sean más conscientes de su propia marginalidad y que reaccionen de forma contundente. Ya se trate de tensiones sociales en la China rural, rebeliones naxalitas en la India o la erupción de movimientos sociales radicales en los barrios de chabolas del Sur, todos ellos constituyen manifestaciones de una tendencia tanto más inquietante por la determinación de las elites decididas a mantener el status quo.

Se trata de una actitud insostenible, aunque se asemeja al pensamiento de la Guerra Fría. Al participar en una carrera armamentista muy peligrosa al tiempo que insaciable en su demanda de recursos, el Reino Unido parecía incapaz de escapar a su propia perspectiva corta de miras y buscar políticas de seguridad alternativas. De forma similar, actualmente se observa una tendencia a prevalecer del "pensamiento anticuado". Los *think tanks* militares pueden subrayar los problemas potenciales del cambio climático y la marginalización, pero su trabajo consiste en proteger a su Estado. No figura en su mandato examinar este tema en términos de prevención de futuros conflictos, especialmente cuando esto es un asunto que corresponde fundamentalmente a otros departamentos del gobierno.

El resultado es la demanda del aumento del gasto militar en lugar de un enfoque integrado de la seguridad basado en la sostenibilidad. Tal enfoque debe tener como eje central a las personas y las comunidades, más que la rígida seguridad para los estados. Debe aceptar que la mayor parte de los problemas de seguridad mundiales sólo puede superarse si los estados colaboran, especialmente en temas esenciales como el medioambiente y desarrollo. Ante todo, tiene que ser sostenible en el sentido de que lo que se hace en el corto plazo no contribuya a crear problemas mayores en décadas venideras.

En un sentido, los peligros de la Guerra Fría eran obvios, y organizaciones tales como Oxford Research Group fueron capaces de señalar esos peligros al buscar el compromiso y el diálogo. Siempre existió el riesgo de caer por el despeñadero – una guerra nuclear global que supondría un retraso de siglos para la comunidad humana. Además, en asuntos como el cambio climático deben producirse cambios enormes de políticas en los próximos cinco a diez años para evitar problemas a veinte o treinta años vista. Eso es algo que a muchos sistemas políticos les cuesta aceptar y va a requerir un enorme aumento de la implicación de la sociedad civil. También va a hacer falta un intenso diálogo de los líderes políticos, empresariales y militares. En relación a la necesidad de tal diálogo, al menos, poco ha cambiado desde los años de la Guerra Fría.

Paul Rogers es Profesor de Estudios de Paz en la Universidad de Bradford y Asesor de Seguridad Global del Oxford Research Group (ORG). Sus informes mensuales de seguridad internacional están disponibles en Inglés y Español en el sitio web <http://www.oxfordresearchgroup.org.uk/paulrogers.htm> y los visitantes pueden suscribirse para recibirlos vía e.mail mensualmente. Estos informes son distribuidos sin cargo y sin fines de lucro, pero por favor, considérese hacer una donación al ORG si Ud. se encuentra en condición de hacerlo. Traducido al castellano por Nuria del Viso.
